

La espiritualidad del Reino de Dios y la figura de María

Proseguimos la publicación de textos de reflexión suscitados a partir del tema de nuestro próximo Capítulo general: “El Reino de Dios está muy cerca” (Mc 1,15). Vivir y anunciar la esperanza del Evangelio”. Aquí el aporte del P. Vianney KIM Myoung- Ho, religioso coreano en Francia.

¿Existe algún lazo entre la espiritualidad del Reino de Dios y la figura de la Virgen María? Si deseamos descubrir la relación entre la realeza de Dios y la Madre de Dios, hemos de clarificar antes lo que caracteriza el Reino de Dios. Trataremos de descubrirlo a través de un sencillo acercamiento bíblico. Luego veremos cómo la Virgen María ha realizado, mediante su vida de fe, “las virtudes del Reino” para que éste no sea una realidad lejana, una realidad del más allá, tras la muerte. Trataremos de captar sus virtudes a través de la Escritura, sin agotar la fuente.

El aspecto paradójico de la realeza de Dios

La omnipotencia de Dios, creador y origen de todas las cosas, tiene un profundo anclaje bíblico y teológico en la fe cristiana – base de la confesión de la soberanía y de la realeza de Dios sobre el universo. En el credo Niceno-constantinopolitano, la Iglesia proclama solemnemente la potencia omnipresente de Dios Padre sobre todo lo visible y lo invisible:

“Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae, visibilium ómnium et invisibilium”. Al mismo tiempo, si hemos de descubrir la profundidad de esta confesión de fe de la Iglesia, hemos de ir más lejos. Recordemos esta palabra del Evangelio de Juan (1,18): *“Nadie ha visto a Dios jamás; el Hijo Único-Engendrado, que está en seno del Padre, él nos lo ha dado a conocer.”* De

hecho, para acceder al misterio del Reino de Dios, hay que tomar en cuenta a Jesús de Nazaret.

Para ello, recordemos el momento en que Pilato interroga a Jesús, en el evangelio de Juan. Pilato llama a Jesús y le pregunta: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús responde: *Mi Reino no es de este mundo. (...) Yo soy rey. He nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37-38)*. En esta afirmación, hay que captar lo esencial de lo que caracteriza la realeza de Jesús de Nazaret. En efecto, como dice Jesús, el reino de este mundo no se identifica con el Reino de Dios, ya que afirma que su realeza no es de este mundo. Hay que entender que la realeza de Dios tiene un aspecto muy paradójico a nuestros ojos. De hecho Jesús ha establecido su realeza mediante un medio que supera el sentido común de los hombres.

En la historia de los hombres para mostrar el poder de la realeza, hay que mostrar una fuerza suficiente para imponerse a los demás y habría que aplastar a los demás para hacerles ver la propia superioridad. Sin embargo la realeza de Jesús no funciona así. De hecho su realeza moviliza lo más profundo de nuestros corazones y de nuestros espíritus.

La última Palabra de Jesús en la Cruz como fundamento

Así, pues, la realeza de Jesús se nos presenta como una realidad paradójica que supera la naturaleza humana y provoca nuestra libertad más profunda. En la fe cristiana, el momento supremo de la obra redentora de Cristo es la cruz. Por



eso el pregusto de su Reino sólo se puede manifestar en la cruz de Jesucristo y por ella. En este sentido el poder de su realeza solo se manifiesta en la debilidad de la cruz.

Si, con la mirada de la fe, aceptamos ver en la elevación de la cruz como el momento culmen del Reino de Cristo, necesitamos considerar todo el valor de su palabra decisiva en la cruz: “*Jesús, pues, viendo a su Madre y cerca de ella al discípulo amado, dijo a su Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre” Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa. (Jn 19,26-27). Jesús mismo nos confía a María como madre, a fin de que, en tanto que discípulos del Señor, la acojamos en nuestra casa.* Como esta divisa de San Luis-María Grignon de Montfort: “*Ad Jesum per Mariam*”, este camino ha sido recomendado por numerosos santos y teólogos. Esta espiritualidad no es algo antiguo y superado. En este sentido, no podemos entender esta afirmación de los teólogos: “*La veneración de María es el camino más seguro y más corto para acercarnos a Cristo*”. (1) No hay duda alguna de que la Madre de Dios nos ayuda a ir hacia Jesucristo, único Salvador y único Mediador.

A zaga de las interpretaciones de los Padres, sabemos que el “discípulo amado” representa a todos los discípulos de Cristo y en cierto modo representa a la humanidad entera. El universo entero está invitado a acoger la última Palabra de Jesús: “*¡He ahí a tu madre!*”. *En adelante hemos de ver cómo la vida de María, de un modo más sistemático ha podido ser testigo del Reino de Jesucristo.* Sin pretender ser exhaustivos, queremos

compartir estas sencillas meditaciones contemplando la figura de María. Vemos la figura de María como una figura de caridad, de humildad y de comunión.

La figura de la Virgen María como testigo de la venida del Reino.

La Virgen María es la figura de la caridad por excelencia. Si camino entero se puede resumir así: caridad para Dios y para el prójimo. Toda su vida, ha contemplado y acogido al Verbo de Dios que ha tomado carne. Y ha seguido hasta el final el camino del Redentor al pie de la cruz. Mediante la caridad ha atravesado las pruebas de la humanidad en esta vida: ha pronunciado su “sí” ante el misterio de la Encarnación, ha alabado las maravillas que Dios ha hecho en su vida, ha guardado en su corazón los acontecimientos y los ha meditado profundamente (Cf Lc 2, 19; 2, 51). En la escena de las bodas de Caná, María muestra su papel de intercesora: ve la falta de vino y, por su acción interviene en el cumplimiento del signo (Jn 2,3) (2) María se compromete en esta Nueva Alianza que se fragua con los invitados de la vida: “*Haced lo que él os diga*” (Jn 2,5). Ha conocido la noche de la fe, no ha comprendido seguramente todos los misterios que la superan, ha caminado a tientas, con vacilaciones, por amor a Dios.

La Virgen María es *una humilde sirvienta del Señor*. Su humildad puede siempre inspirarnos en nuestra vida. En la relación y en el diálogo necesitamos la virtud de María. Si el misterio de la Encarnación supera la inteligencia humana, el de la fe cristiana es en cierto modo un misterio que no puede ser hallado ni por la inteligencia

humana ni mediante el cálculo. Confesamos a un Dios que se ha hecho muy pequeño: viene en primer lugar no para los justos o los sanos, sino para los enfermos y pecadores.

Y la humildad de María permite realizarse plenamente al proyecto de Dios: “*Que se haga según tu palabra*” (Lc 1, 38). Podemos adoptar la actitud de María que ha acogido la voluntad de Dios, meditado en su corazón la Palabra de Dios y contemplado la faz de su hijo. El magisterio, los Padres de la Iglesia y los teólogos no se cansan de escrutar el misterio de Dios y del hombre, pero no se terminará nunca de descubrir su profundidad. Por eso deberíamos ser humildes como María y atentos a los demás y a los pobres.

María es *la madre de la comunión* en el designio de la humanidad, ya que ella ha acogido al Verbo de Dios en la fe como representante de la humanidad entera. Los Padres de la Iglesia han comparado a menudo a Eva, como madre de los vivientes, con María, madre de la Nueva Alianza. “*El nudo debido a la desobediencia de Eva, ha sido desanudado mediante la obediencia de María; lo que la virgen Eva había anudado por su incredulidad, la virgen María lo ha desanudado por su fe*”. (3) María forma parte de nuestra raza, de nuestra humanidad, anima nuestro caminar. Karl Rahner lo dice con lenguaje sencillo: *María está en nuestra orilla. Nosotros la reverenciamos, la alabamos, la amamos y veneramos su excepcional dignidad, tendremos que volver a ella, mediadora ante Jesucristo. Pero siendo una de nosotros*” (4).

En buen número de santuarios marianos (como Lourdes), vemos que la peregrinación no



está de manera exclusiva centrado en la figura de la Virgen: son lugares auténticamente cristocéntricos. Las mujeres y los hombres que llegan a los santuarios marianos a través de estas experiencias de peregrinación, descubren la profundidad del misterio de Jesucristo, enraizado en el misterio trinitario. Son, pues, lugares de evangelización por excelencia, y también lugares de diálogo con los no creyentes, gentes que confiesan otras religiones y tienen otras convicciones. Por eso la Virgen María no es fuente de división, sino punto de comunión.

Epílogo

Al comenzar este texto, nos hemos planteado la pregunta: ¿existe una relación particular entre Reino de Dios y la persona de la Virgen María?

comprender de manera directa. De hecho, para acceder a la soberanía y a la realeza de Dios habría que observar la figura de Jesús de Nazaret en unión con la presencia de la Virgen María.

En el diálogo con Pilato, Jesús destaca el aspecto paradójico de su reino: “*Mi realeza no es de este mundo*”. Sin embargo no hay que detenerse en esta afirmación. El don del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones interpela nuestra liber-

tad más íntima. “*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*” (Rm 5,5). En lo más hondo de nuestros corazones, estamos invitados a contemplar el momento más crucial de la historia de la humanidad: la soberanía y la realeza de la cruz. Lazo visible hasta el momento decisivo de su obra de redención, la obra de la cruz, en que Jesús se abandona de manera completa a la voluntad de Dios soberano. Por la cruz y en la cruz se amplía el Reino de Dios. (5) Por eso las palabras de Jesús en la cruz a Juan y a su madre tienen una importancia considerable respecto a otros pasajes de la Escritura. Nos permiten contemplar y releer la figura de María como imagen de caridad, de humildad y de comunión.

A través de toda su vida, María nos muestra lo que debe ser el estilo de los obreros del Reino de Dios. Así ella se hace testigo de la venida del Reino de Cristo que ha sido establecido, de una vez para siempre, en “el madero de la cruz”. (6).

P. Vianney KIM Myoung-Ho
(Cachan, Francia)

1) Hans Urs von Balthasar, Joseph Ratzinger, *Marie, première Eglise*, (Mediaspaul, 1998. P. 121.

2) Juan Pablo II ha desarrollado mucho el papel mediador de María en su encíclica *Redemptoris Mater*, Hans Urs von Balthasar y Joseph Ratzinger retoman la misma línea en *María, primera iglesia*. Está claro que Jesucristo es el Único Mediador (cf. 1 Tm 2,5). Al mismo tiempo Juan Pablo II subraya la originalidad de esta mediación de Jesús, que no exclusiva sino inclusiva, es decir que hace posible varias formas de participación. La originalidad única de Cristo no excluye la solidaridad, la participación y la comunión de los hombres y las mujeres en Dios. La mediación de María reposa sobre su participación en la función mediadora de Jesucristo (cf. *Redemptoris Mater* 38). Esta mediación participa y depende de la mediación única de Cristo. María continúa intercediendo por todos ante su Hijo único Jesucristo.

3) San Ireneo, *Contra las herejías*. Citado en *Lumen Gentium* n. 56

4) Karl Rahner, *María, madre del Señor*, Ed. Orante, 1960. P. 52.

5) Hans Urs von Balthasar ha desarrollado esta idea en su trilogía, en especial, en *La Gloria y la Cruz III, Los aspectos estéticos de la Revelación* (Desclée de Brouver, 1990), p. 214-215.

6) La idea de la extensión del reino de Dios, mediante el “madero de cruz”, ha sido desarrollado por San Agustín en las *Enarrationes in psalmis, Discurso sobre el Salmo 95*.